Disyuntiva administrativa hogareña
Autor: Manolo Campa

Tiempo atrás, cuando mi cabellera era abundante, sin "hilos de plata", nuestros hijos eran pequeños… y pequeños también eran nuestros ingresos. Gastábamos con moderación. Si llevábamos a casa algo no esencial, algo imprescindible no se llevaba. Cuando comprábamos chucherías, a los potajes y las sopas se les agregaba más agua y las porciones eran más pequeñas. Vivíamos con austeridad.

En una ocasión, con "dolor de bolsillo", aprovechando una oferta tentadora compramos un televisor nuevo. ¡Nuestro segundo televisor! El aparato viejo tenía problemas serios. Le subía y le bajaba el volumen como la presión arterial a los ancianos. Daba señal de estar llegando al final de su vida electrónica.

Al poco tiempo de tener dos televisores descubrimos que el mal en el audio del viejo era causado por la bombita purificadora del aire en la pecera de los pececitos de colores. Estaba conectada al mismo tomacorriente donde estaba enchufado el televisor.

Ahora teníamos dos televisores. Los dos gastando corriente. Los dos en uso al mismo tiempo. La familia se dividió en dos bandos: los del "family room" viendo la pantalla del televisor viejo y los del cuarto de la abuela mirando la pantalla más pequeña y los colores más brillantes del televisor nuevo.

Recuerdo como algo muy bonito los desayunos en familia donde en la mesa nos podíamos ver las caras. Sobre ella una sola caja de cereal no impedía la visión. Cuando pudimos comprar el cereal que le gustaba a cada uno, desayunábamos escondidos detrás de parapetos de cartón. Cada cual tenía frente a sí una caja de un tipo de grano diferente: de trigo o maíz, con azúcar o miel, al natural o con sabores artificiales… Con un tigre parado en dos patas o un loro sonriente… o un campeón olímpico repitiendo cada mañana su mensaje a favor del producto que representaba.

Entre la visión impedida por tantas cajas, la lectura de lo que estaba escrito en ellas, el sueño que aún nos apresaba y el corre-corre propio de la hora, los desayunos se fueron haciendo cada vez menos compartidos, más íntimos… y más caros.

Cuando no teníamos lavadora de platos utilizábamos vasos de cristal. Cuando la pudimos tener, empezamos usar vasos de cartón… que no se lavaban, se botaban. Aquellos vasitos de cartón encerado, costaban dinero, le recordé a mi mujer. No me lo tomó de mucho agrado. Moderadamente contrariada, insistió en que ahorraba mucho más en electricidad al no tener que lavarlos.

Pasados unos segundos, airada, con firmeza me dejó saber que estaba más preparada que yo para administrar la casa porque mientras yo trataba de aprender inglés por las noches en el "High School" del vecindario, sin lograrlo… ella había completado con honores, un curso completo de "Home Economics" en la misma institución docente. ¡Mi suegra estuvo totalmente de acuerdo con ella!